

MAS QUE UN DESLIZ

El primer teniente de alcalde de Barcelona y diputado provincial Manuel Font Altaba, impugnó el hecho de que el presidente interino de la Diputación, y alcalde de Granollers, Francisco Llobet, acto seguido de que le pasaran los trastos y en su primera decisión, nombrara a Jacinto Ballesté como vicepresidente primero del organismo provincial. —¡Ah! ¿Pero todavía existe la Diputación?— Pues, sí, todavía). Se alega en la impugnación que Llobet continúa siendo vicepresidente primero, con funciones de presidente interino, y por tanto no puede nombrar a nadie para su propio cargo por lo que, considera el señor Font Altaba, acogiéndose a lo que marcan las leyes, se ha realizado un acto administrativo improcedente e ilegal. Aparte de estas razones meramente administrativas, los motivos políticos por los que se impugna el nombramiento son también de peso: la presidencia continúa vacante. El que no lo estuviera, tendría gran significación política precisamente ahora que parece estar muy cerca el restablecimiento de la Generalitat.

El primer comentario que se nos ocurre, es que resulta evidente que al señor Llobet no le sienta bien la democracia, y no nos sorprende este grave patinazo. Es de señalar que durante sus años de actividad política Llobet ha «dejado hacer» a los que le han rodeado con la condición de que éstos no pusieran muchas objeciones a lo que él ha hecho, que es la manera más práctica de que uno pueda hacer todo y los demás no tengan forma de hacer realmente nada. A este modo de actuar en política, que Llobet ha practicado en la alcaldía de Granollers sin posible oposición, el alcalde, hombre simpático y campechano le llama «**liberalismo absoluto**». Gentes maledicentes —Dios les perdone— ajustándose más a las teorías, lo definen como «**absolutismo liberal**». Lo que hace el orden de las palabras. Es coherente que en su línea habitual, nuestro flamante presidente interino se haya puesto políticamente en evidencia nada más tomar posesión de sus funciones, con una decisión equivocada.

Del lance saldrá su imagen muy deteriorada, porque ni la prensa ni la clase política estos días pasan por alto estos errores. Llobet ha conseguido un cero al cociente sin paliativos, teniendo en cuenta que el cargo no debería plantearle ningún problema puesto que, a punto de desaparecer la Diputación,

no tenía más que tomar conciencia de su transitoriedad y esperar sin adoptar ningún tipo de iniciativas. Por lo visto, el no tomar iniciativas no es compatible con la forma de ser de Llobet a quien siempre le ha gustado la actividad. Tengo para mí que el señor Llobet es la actividad personalizada y siempre ha llevado sus cosas —sus cargos— bajo la máxima de que donde hay patrón no manda marinero, junto con la de ir a por faena, aunque se haga mal.

A lo que íbamos; nada más posesionarse de sus funciones, Llobet nombra como segundo de a bordo a Jacinto Ballesté, un hombre eficacia. Nada más lógico. Ballesté, hábil e inteligente, es en la Diputación y fuera de ella uno de los cerebros grises del equipo de Samaranch. También ex-deportista, como Llobet y el propio Samaranch, vicepresidente ejecutivo del Salón Náutico —otra obra de Samaranch que amenaza quiebra—, desde su cargo de diputado de deportes, Ballesté ha impulsado estos años un ambicioso proyecto, realizado a medias, que tenía como objetivo dotar de instalaciones deportivas a toda la provincia. Este proyecto es el más interesante, la favorita entre todas sus actividades, que ha realizado el organismo que agoniza. Con Samaranch y Ballesté como núcleo, sin olvidar al diputado Platón, delegado provincial de la D.N.D., la Diputación ha sido la clave de toda la política deportiva que se ha hecho en los municipios. Llobet, dentro de esta línea deportivista, impulsó el deporte en Granollers y consiguió el apoyo necesario para llevar a cabo realizaciones tan descomunales —y descabelladas si analizamos el contorno— como las pistas de tartán, con un costo de cuarenta y cinco millones de pesetas, según fuentes no oficiales, porque la cifra real no la sabremos nunca.

Desde la óptica de que si no era aquí iba a ser en Vilanova i la Geltrú, pongo por ejemplo, el vicepresidente primero consiguió llevarse el gato al agua. ¿Puede alguien sorprenderse?

Esta política deportiva y la ayuda que la Diputación ha prestado a los ayuntamientos, en muchas ocasiones pecando de generosidad para con el deporte si se observan las necesidades de todo orden que han de cubrir la mayoría de municipios y para las que los fondos de la Diputación no han llegado con tanta facilidad, cuando han llegado; esta política, decíamos, intentó rentabilizarla Samaranch para empresas de más envergadura. Primero organiza, con el grueso de los alcaldes de Barcelona, Concordia

Catalana —y a ver quien era el guapo que le decía, personalmente, que no, favor con la paga— y la ofrece al mercado de la derecha «civilizada» en Catalunya, a través de una campaña de publicidad que no se había visto hasta entonces y bajo el eslógan de «el seny d'avui», que tampoco son ganas de confundir. Posteriormente el ciclón Suárez arrastraría a todos los vendría de perlas a los «concordistas». Ellos, precisamente ellos, eran los que iban «a traer la democracia a este país. El no va más del maquinismo político. Así, la candidatura U.C.D., se forma en parte con los hombres de Concordia —Sentís, Corbella, Moreta, y un largo etcétera—. Samaranch parece por un momento a querer automarginarse, pero sólo por un momento. Por su «sacrificio», Samaranch obtiene el cargo de embajador del gobierno de S.M. el rey de España en todas las Rusias, es el hombre de España en Moscú. Entre otras rentas, este hombre joso y sorprendente retiro le permite desmarcarse de un pasado y unos hábitos pañantes excesivamente azules —su imagen política, conservada en esta etapa de traer la democracia con su este país. Samaranch compagina las clases de ruso con las de catalán volverá en un futuro a estar en el extranjero, esta vez con un excelente vernáculo.

Para los nuevos tiempos, es innecesario decirlo, no podía ser el presidente de un organismo franquista como la diputación, donde debía haberse un hombre gris, sin excesiva personalidad política y que afrontara los concretos de la desaparición del organismo sin personales preocupaciones técnicas, un hombre sin mucho futuro político: el vicepresidente primero asistido en la banda por el catalán Ballesté a quién, curiosamente, a quien se le ha ofrecido ninguna participación ni en Concordia ni, posteriormente, en U. C.D.

Como presidente interino, Llobet día ver cumplida una ilusión que, si par, daría un brillante final a una vida política de la que, a pesar de haber sido hecha a golpe de dedo y «sin como ha sido» como él mismo confiesa no se siente insatisfecho. El ser elegido el último presidente de la Diputación cerrando una época, constituiría la cúspide más alta de esta carrera; y, tal vez el derecho a retrato en la galería de presidentes de lo que es, desde hace unos meses, el Palau de la Generalitat.

Todo iba bien, demasiado bien. fuera eso —dicen que la felicidad es racha— lo que le hiciera olvidar su interinidad y cometer el «desliz» de elegirse presidente y realizar el nombramiento impugnado.

Luis Miguel Calvo